

No, señor; «si la perdonaras» se dice; porque es acusativo.

¡Y este hombre se atrevió á escribir una gramática!... ¡Y hay quien la recomienda!...

Ya lo dijo el Espíritu Santo:

Stultorum infinitus est numerus.

XV

Muy elogiado por nuestro D. Juan Valera en sus famosas *Cartas americanas*, y considerado allá en su país como un prodigio de poesía, el argentino D. Rafael Obligado no pasa, con todo eso, de ser un versista ripioso, un mal poeta en toda la extensión de la palabra.

Lo cual no tiene nada de particular.

Porque de los piropos de los paisanos ya se sabe el caso que hay que hacer, desde que Iriarte nos contó el motivo de que se los echasen mutuamente el avestruz y el dromedario de la fábula; y en cuanto á los del ilustre Valera, no son de más peso tampoco, porque el pobre D. Juan, en su vejez, nos está dando pruebas de una gran debilidad de conciencia ó de una gran falta de gusto.

Y si no que lo diga la *Antología* farragosa que acaba de publicar, en la que parece como si se hubiera propuesto reunir los versos más malos que en castellano se han escrito, y por

la que no tendré más remedio que darle cualquier día un rifirrafe.

Volviendo á Obligado, ya le conocen ustedes un poco, porque ya en otro tomo de esta obra analicé alguna de sus *poesías*; mas para que le conozcan ustedes mejor y porque me encuentro ahora con otra composición suya muy mala, vamos á darle otro repaso.

Se trata de una *poesía* patriótica, con lo cual ya tiene más de la mitad del camino andado para no ser buena.

Porque casi todas las *poesías* patrióticas ó casi todas las *patrioterías*, en estos tiempos egoístas en que hay tan poco patriotismo verdadero, resultan medianas por la falsedad del entusiasmo.

Pero especialmente en las repúblicas de la América española la *poesía* patriótica resulta peor que en otra cualquier parte, porque á más de la falsedad de motivos y la exageración ridícula de cualidades, tiene siempre un fondo de deslealtad y de ingratitud á España, la madre cariñosa que las crió á sus pechos; la nación generosa y noble que derramó pródigamente su sangre y su vida por aquellos extensos territorios, no para explotarlos á la inglesa, no para oprimir y exprimir y al cabo suprimir las pobres razas indígenas, como han hecho otros pueblos conquistadores, sino para civilizarlas, para cristianizarlas, que es el único modo verdadero de civilizar,

para ennoblecirlas, para darlas consideración y derechos de hijas y hacerlas herederas de sus virtudes.

Verdad es que hoy se nota en América una reacción laudable en este punto, y la Argentina es para honra suya una de las regiones en que con más vigor se despiertan la gratitud y el amor á España; pero esto no quita desgraciadamente de que de cuando en cuando salga un vate á echarlo todo á perder con alguna *poesía patriótica*, como el himno á Sucre, que ustedes recordarán, ó como la presente, hablando del *odioso hispano* y sacando colaciones viejas que son mejores para olvidadas.

La *patriótica* que vamos á examinar lleva el título de *Ayohuma*, y debió de escribirla su autor para que se leyese en alguna fiesta, porque el recorte de periódico en que me la enviaron dice inmediatamente debajo del título: «*Poesía de Rafael Obligado, leída por el Sr. Calixto Oyuela.*»

Está escrita en décimas, y empieza así:

«Esas músicas que están
Resonando de tal suerte...»

No sabemos de qué suerte resonaban, ni si resonaban siquiera.

Pero, en fin, los que oyeran leer la composición en la fiesta, es de creer que oirían también *resonar de tal suerte* las músicas.

De todos modos, esa manera de empezar sería aceptable si la poesía hubiera sido *improvisada* allí mismo por el autor en el acto de la fiesta. Pero habiéndola escrito antes en su casa para que fuera leída por otro en la solemnidad, no pega bien eso de empezar hablando de cómo *están resonando* las músicas.

Y además se expuso á que el Sr. Calixto, al leerla, hiciera una *plancha*; pues aun cuando las músicas estuvieran en el programa, que es de suponer fuera ya conocido, podía éste haber sido alterado y no haber tocado ni estar tocando las músicas en aquel momento.

Adelante:

«Esas músicas que están
Resonando *de tal suerte*,
Son la voz *potente y fuerte*...»

Dos ripios, vamos, dos epítetos uno sobre otro, y sinónimos casi; de manera que uno de ellos por lo menos estaba de más.

Y aun los dos apuradamente; pero lo que es uno...

¿Qué falta hacía decir que la voz era *fuerte* después de haber dicho que era *potente*?...

Y luego, aun en clase de ripios, los dos epítetos han sido muy mal elegidos, no sólo por significar aproximadamente lo mismo, sino también por ser asonantes uno de otro.

Continuemos:

«Esas músicas que están
Resonando *de tal suerte*,
Son la voz *potente y fuerte*
Del clarín de Tucumán...»

Pero si son músicas, ¿cómo han de ser la voz *potente y fuerte* de un clarín sólo?... Serán la voz de todos los instrumentos de que se compongan las músicas...

Y sigue la décima, pues ya he dicho que la composición *patriótica* de Obligado está escrita en décimas:

«...Y aquellas...»

Suple músicas.

«Y aquellas que *al aire van*
Veloces rumbo á la gloria...»

De modo que las primeras, aquellas que estaban resonando *de tal suerte*, no iban veloces rumbo á la gloria...

¿Se puede saber rumbo-á-dónde iban?

¿Ó es que no iban á ninguna parte?

Porque en esto se parecerían al autor de la composición, que tampoco va á parte ninguna como *poeta*.

A ver qué más:

«Y aquellas que *al aire van*...»

Todas las músicas van al aire: se lo recuerdo al *vate* por si acaso.

«Y aquellas que *al aire van*
Veloces rumbo á la gloria,
Son el eco que *en la historia*
Nos conmueve y nos *exalta...*»

¿Nos conmueve y nos *exalta en la historia*? Será en el mundo, en la vida, que es donde estamos... Eso de que la conmoción y la exaltación sean precisamente *en la historia*, no debe de tener más motivo que el de hacer consonante á *gloria*... Harto será que tenga otro.

Como no sea que la *exaltación en la historia* y el *rumbo á la gloria* estén igualmente destinados á servir de consonante á otra cosa que venga al final de la *décima*...

Pero además, ¡qué distinciones tan sutiles y tan caprichosas nos hace el Sr. Obligado!...

Oye varias músicas, ó aparenta que las oye, y de unas dice que están *resonando de tal suerte*, y de otras dice que «al aire van *veloces rumbo á la gloria*» y que «son el eco que *en la historia* nos conmueve y nos *exalta...*»

Pues ¿por qué las que estaban *resonando de tal suerte* no han de ir también *veloces rumbo á la gloria*?

«Son el eco que *en la historia*
Nos conmueve y nos *exalta*
De las campanas de *Salta...*»

¡Ah!... ¡Vamos!... Saltó y vino... como diría un magistrado que yo sé, en sus buenos tiempos...

Para eso nos *exalta...ba*, á más de conmovernos, el eco aquel de las músicas que al aire iban *veloces*; para que tocasen las campanas de *Salta*.

Ahora lo comprendo todo; como suelen decir los personajes de las novelas de folletín...

Es decir, todo, no; pero casi todo.

Por lo menos ya sé que aquellas otras músicas, las que no están *resonando de tal suerte*, sino que van *veloces rumbo á la gloria*,

«Son el eco que *en la historia*
Nos conmueve y nos *exalta*
De las campanas de *Salta*
Que están gritando ¡Victoria!»

¡Acabáramos! Ahora sí que ya lo comprendo todo, sin casi.

Porque ya sé por qué las segundas músicas, las que no están *resonando de tal suerte*, van *veloces rumbo á la gloria*, y por qué el eco de esas músicas conmueve y *exalta* al *vate* y á sus paisanos *en la historia*, lo cual me parecía sólo una barbaridad... Ahora ya sé que además de ser una barbaridad es un ripio que el Sr. Obligado (por el consonante) ha metido ahí para poder acabar la *décima*, diciendo que suenan las campanas de *Salta* y que gritan ¡Victoria!

Bueno... digo, no; bueno no, sino malo.
Pero quiero decir que vamos á otra décima.
Que empieza con mucha admiración y mucho aparato, de esta manera:

«¡Belgrano! ¡Libertador!...»

Pero ¿cuántos *libertadores* ha tenido esta gente?...

Porque hay una famosa *Oda al libertador* (famosa por lo mala, naturalmente) catrapizada por el ripioso Olmedo, y en ella el *libertador* por antonomasia es Bolívar. Ahora este vate llama *libertador* á Belgrano entre admiraciones, con lo cual no sabe uno ya á qué atenerse...

¡Libertadores!... ¿Y de qué los *libertaron* á ustedes esos ambiciosuelos enloquecidos?... ¿De la maternal dominación española?...

Lo más gracioso del caso, lo más gracioso y al mismo tiempo lo más triste, es que con tantos *libertadores*, las Repúblicas hispano-americanas están sin *libertar* todavía.

Nada menos que tres de ellas, la de Haití, la de Colombia y la de Venezuela están ahora mismo, en estos días en que escribo, destruzándose bárbaramente en guerra civil, y alguna de ellas amenazada de caer por fin y postre bajo la garra *yankee*.

¡Y venga cantar á los *libertadores*!

«¡Belgrano! ¡Libertador!
¡Nuestro primer ciudadano!

«¿Quién dice Manuel Belgrano
Sin que se sienta mejor?...»
El que esté del todo sano.

Este verso último no es de la décima, ni del vate; ya lo habrán conocido ustedes.

Le he puesto yo, haciendo con los cuatro del vate una quintilla, pareciéndome que era la mejor contestación que se podía dar á la pregunta insulsa y ridícula del Sr. Obligado...

«¿Quién dice Manuel Belgrano
Sin que se sienta mejor?...»

Pues cualquiera que esté completamente bien de salud. Porque para *sentirse mejor*, según la general acepción de la frase, hay que estar enfermo. ¿Es que el vate y sus paisanos están malos todos?... Lo que es el vate, sí; ya se conoce que no está bueno.

Así es que, si tiene fe en su propia medicina, aplíquese á decir muchas veces *Manuel Belgrano*, á ver si se mejora...

Aunque más bien creo yo que, tragando esos bolos excitantes, se pondrá cada vez más loco.

Repitamos sus versos:

«¡Belgrano! ¡Libertador!
¡Nuestro primer ciudadano!
¿Quién dice Manuel Belgrano
Sin que se sienta mejor?...
Pudo el destino *traidor*...»

¡Pobre destino!... ¡Tratarle como á un Belgrano cualquiera!

«Pudo el destino *traidor*
Que á tanta virtud *abruma*,
Arrojar la *densa bruma*
De Vilcapugio á tu frente;
Y hasta hundirte en la *inclemente*
Noche inmensa de *Ayohuma*...»

Para esto el destino *traidor abruma* á la virtud ó á *tanta* virtud, y además de *abrumar*, arroja *bruma*, que en rigor viene á ser lo mismo... todo para poder hablar de *Ayohuma*.

Pero como no sé lo que es *Ayohuma* ni lo que es *Vilcapugio*, no lo entiendo y paso adelante.

«Pero no pudo, en su *afán*...»

Supongo que sería el destino *traidor*.

«Pero no pudo, en su *afán*...»

En su *ripio* querrá usted decir, ¿eh?

«Pero no pudo, en su *afán*,
Dejar muda la *voz alta*...»
¿La *voz alta*? Viene *Salta*,
Y detrás el *Tucumán*...
Me figuro que vendrán
Esos mismos consonantes,
Porque ya vinieron antes;
Y tengo bien observado
Que, en el *ripio*, es *Obligado*
Hombre de los más constantes.

Ya ve D. Rafael qué cosa tan fácil es hacer *décimas*, haciéndolas malas.

Y volviendo sobre la tercera de las *suyas*, diré á los lectores que, efectivamente, después de aquellos dos versos del *su afán* y de la *voz alta*, venían *Salta* y el *Tucumán*, como yo me había figurado.

Y como van á ver ahora mismo:

«Pero no pudo, en su *afán*,
Dejar muda la *voz alta*
(Es *alta* porque hace falta)
De las campanas de *Salta*,
Del clarín del *Tucumán*.

Y allá suenan y allá van
Veloces rumbo á la gloria...»

¿Otra vez?... Es una *noria*
Este buen don Rafael...
Y nos devolverá *fiel*
El cangilón de la *historia*...

Que, efectivamente, viene al final del séptimo verso para consonante de la *gloria*, que queda en el sexto, y de la *victoria*, que viene en el décimo y último, pues la estrofa concluye de esta manera:

«Y allá suenan y allá van
Veloces, rumbo á la *gloria*,
Desbordando de la *historia*
Sobre el Andes, sobre el llano;
Diciendo á todos: ¡Belgrano!
Cantando á gritos: ¡Victoria!»

La cosa, como ustedes ven, no puede ser más desdichada.

¡Cuidado con el *desbordando de la historia!*
¡Pobre historia! ¡Qué papeles la obliga á
hacer este señor *Obligador*, más bien que
Obligado!

Antes la puso de ripio, diciendo que el eco
de las campanas de Salta conmueve y exalta...
en la historia. Ahora la pone igualmente de
ripio para decir que la voz *alta* de las cam-
panas de Salta y del clarín de Tucumán *des-*
borda... de la historia...

Y siguen las décimas, y, naturalmente, los
ripios:

«Voz que alienta, voz que *suma...*»
¿Suma?... ¡Pues viene Ayohuma!

Es lo que tienen de bueno los versistas ri-
piosos y pobres de inventiva, que en leyendo
uno de sus versos, ya se sabe los que vienen
detrás, por lo menos aproximadamente.

«Voz que alienta, voz que *suma*
Nuestras glorias y aun dormidos
Oyen los muertos queridos
De la pampa de *Ayohuma.*»

¿No lo dije?

«Voz que animadas *exhuma...*»

¡Claro! Ya se me estaba asentando á mí que
habría que *exhumar* alguna cosa después de
sumar; porque como para Ayohuma se nece-

sitaban otros dos consonantes en *uma...*, pues
suma y *exhuma...*

A ver qué es lo que *exhuma* el vate ó qué
dice el vate que *exhuma* la voz que alienta y
suma...

«Voz que animadas *exhuma*
Y entrega á nuestras *visiones...*»

¿A nuestras *visiones?*... ¿Cuáles serán nues-
tras *visiones?*... La verdad es que se queda uno
viéndolas...

«Voz que animadas *exhuma*
Y entrega á nuestras *visiones*
Aquellas *santas* legiones...
De la patria...»

¿Que qué será eso de entregar las santas
legiones de la patria á *nuestras visiones?*...

¡Bah! Quiere decir, sin duda, que nos las
vuelve á poner á la vista.

El vate llama *visiones* á los ojos.

«Voz que animadas *exhuma*
Y entrega á nuestras *visiones*
Aquellas *santas* legiones
De la patria y su bandera,
En cuyo sol *reverbera*
Siempre fuego de cañones...»

¿Y por qué? ¿Qué quiere decir esto de «en
cuyo sol *reverbera* siempre fuego de caño-
nes?»